

DOS PUEBLOS ESCRIBEN SU MENSAJE

Por ISMAEL HERRAIZ

EN la mañana del venturoso arribo de Franco a los muelles de Lisboa, el gran periódico «O Século» escribía: «Dada la situación actual en que se encuentra España entre las demás naciones, que la repudian en nombre de unos principios de más que dudosa sinceridad, es indudable que esta visita del Generalísimo Franco se reviste de un significado que no puede dejar de tener en los medios cosmopolitas hostiles una cierta resonancia.» Sea o no cierto ese eco extrapeninsular de las entrevistas y ceremonias de Lisboa, la verdad es que esa intención no constituía el objetivo esencial del viaje, e incluso podría decirse que no ha sido ni siquiera un objetivo. Si la visita del Caudillo a Lisboa ha encontrado un punto tan apasionado de clamor popular, el suceso, más que una sorpresa, ha de interpretarse como el entendimiento lógico de dos regimenes de igual veracidad política y de idéntica significación nacional. El mundo acaso no querrá darse por enterado. Hecho a la sorpresa, habituado a darse de bruces con la pobre realidad de cada día, no tiene el pulso acostumbrado a estas explicaciones sencillas. Encuentra poco racional que sin una mala bomba atómica en sus despensas, españoles y portugueses hablen con naturalidad del tiempo de Europa y de sus problemas. El anticomunismo, convertido por esos mundos en una especie de fórmula química, se encuentra insensibilizado para entender el fondo moral de estas grandes y fraternas fiestas que ha vivido la Península Ibérica.

ESPAÑOLES EN PORTUGAL

En un día tan hosco, parecía imposible reunir a aquella multitud española que se agolpaba a las puertas del hermoso palacio. Rostros y vestidos de fiesta, con sus banderas españolas y portuguesas en alto, todos nuestros compatriotas buscaron esta oportunidad de acercarse al Caudillo. Sin una sola deserción, con fiel algarabía de romeros, todo el mundo hizo buena cara al mal tiempo y llegó como pudo hasta Queluz. Entraba la multitud apretujándose como un rebaño por el ancho portalón del palacio, arrollando la paciente cortesía de la guardia, entremezclándose en el tumulto y en la alegría los grandes hombres del comercio y de la industria española en Lisboa y los camareros, los trabajadores de las fábricas, los profesores y alumnos del Instituto Español, la chiquillería de todas las familias, las monjas y los frailes. En el gran salón, el calor y la aglomeración eran imponentes. Los diplomáticos agitaban un poco el aire con sus chisteras y alguna elegante dama naufragaba literalmente entre sus pieles... Cuando apareció el Caudillo, el griterío amenazó con derrumbar las bóvedas—por primera vez Franco se enfrentaba fuera de España con españoles—. Un encuentro inenarrable. El personal de la Embajada, los oficiales portugueses del séquito del Caudillo, periodistas y fotógrafos trataban de contener aquella avalancha, que se lanzó hacia Franco tan pronto como su figura militar se presentó ante la gente. Fué un grito único, ronco y colosal. El Caudillo contemplaba con una mirada trémula aquella explosión de entusiasmo. Era como el grito contenido de la Patria lanzado a volar en un aire amigo, casi como una acción de gracias española por esta acogida portuguesa a la más alta representación de nuestra vida nacional. Los vivas a Portugal eran, si cabe, más altos y poderosos que los vitores a España. El entusiasmo patriótico de las gentes se trocaba en las gargantas en una suerte de agradecimiento tumultuoso de felicitación al pueblo que les acoge y nos acogía. Franco habló a la gente precisamente en esa diplomacia popular que acerca los corazones y que hace posible el entendimiento sincero de las diplomacias oficiales. Durante más de una hora, el Caudillo estrechó, una a una, las manos que se le tendían de todas partes, acarició a los niños y se dejó envolver por aquella oleada familiar, llena de bendiciones y de ingenuos y profundos afectos. Bajo la lluvia, la gente tornaba a Lisboa con una alegría renovada, como si una bandera se agitara en cada corazón.

ENTREVISTA CON SALAZAR

El Presidente del Consejo de Ministros portugués, doctor Oliveira Salazar, tuvo la atención de recibir en su despacho oficial a todos los periodistas españoles, tanto a los que residen habitualmente en Lisboa como a los enviados especiales de periódicos, Radio Nacional y Noticiario Cinematográfico. Ni uno solo quiso perder aquella oportunidad feliz de saludar al preclaro político lusitano, y durante unos minutos el compacto grupo de periodistas españoles turbó el asombroso silencio del palacio de la Asamblea Nacional. Sobre la suave colina que ocupó el antiguo convento de San Bento se alza la mole blanca del palacio. Una gran quietud, dentro y fuera del edificio, gana desde el primer momento al visitante. No hay coches a la puerta ni por los pasillos cruzan mecanógrafas vampíras ni burócratas ociosos. Una quietud inmensa de archivo, de museo. Ujieres silenciosos precedieron al visitante hasta la antecámara del Presidente. Llenamos simplemente una hoja con nuestra firma y escribimos al lado nuestro destino profesional. Después, sin más trámites, precedidos por Eugenio Montes, agregado cultural a la Embajada de España, entramos en el despacho de Salazar. En pie, con una sonrisa amistosa, sin el menor asomo de altanería oficial, el doctor Salazar, a quien acompañaban Antonio Ferro y Javier Martínez de Bedoya, escuchó los nombres de todos.

Salazar vestía un traje gris oscuro, ni muy viejo ni muy nuevo, cuello planchado y una corbata anudada con descuido. Es alto, robusto y un poco cargado de espaldas; con el pelo completamente gris y con un mechón caído sin alboroto sobre la frente. El color moreno, como de campesino. Nariz aguileña y ojos vivísimos y castaños. Entorna un poco la mirada y hay algo de socarronería en la sonrisa amistosa. Eugenio Montes llevó muy pronto y muy bien la conversación por los surcos de una cortesía intelectual y política que parece agradar mucho al Presidente.

—Y usted, Montes, ¿viene a fingirse periodista?—preguntó alegremente Salazar.

Montes defendió su profesionalidad y luego aludió, en nombre de todos, al deslumbramiento que cada periodista español llevaba en el recuerdo después de aquellos días pasados en Lisboa.

—La presencia del Generalísimo en Portugal—dijo Salazar—ha llenado de emoción y simpatía a nuestro pueblo. La ceremonia de Coimbra resultó magnífica, y, además, el discurso pronunciado allí por el Generalísimo ha sido, a mi juicio, muy importante: un discurso excepcional, llamado a tener una gran resonancia.

Montes aludió al recuerdo que todos los españoles asistentes a la ceremonia tuvieron para el profesor Salazar, precisamente en Coimbra.

—Desgraciadamente—dijo el Presidente—, mi salud, siempre precaria, me impide asistir a muchos sitios. Esa recepción habría sido para mí, por muchas circunstancias, especialmente grata; pero les aseguro que hay días en que me falta la media docena de horas necesarias para buscar compensaciones fuera del trabajo. De todas formas, constituye para mí una de las mejores satisfacciones de mi vida que haya sido la Universidad de Coimbra, y precisamente mi Facultad de Derecho, la que haya tomado tan alta iniciativa.

La conversación se hizo cada vez más cordial y sencilla. Salazar habló de Madrid, ciudad que conoció hace muchos años; de Velázquez, pintor de sus preferencias, a quien dedicó largas horas de admiración y deleite. Aludió festivamente a otros estilos artísticos modernos. Luego Joaquín Soriano, director del NO-DO, solicitó la opinión del Presidente sobre la cinematografía como elemento didáctico y de propaganda.

—Excepcional—replicó Salazar—. Las dos pasiones del siglo son el fútbol y la cinematografía. El fútbol no enseña nada y el cine puede enseñar mucho. Ahí reside su peligro. El analfabeto se pone en contacto visual con muchos problemas, y por el simple hecho de verlos puede llegar a creer que los entiende.

Se volvió nuevamente a hablar de la ceremonia de Coimbra. Eugenio Montes afirmó que esta consagración jurídica del Generalísimo en una de las Academias más ilustres y antiguas de Occidente revalida toda la tarea del Gobierno surgida después de la Cruzada española.

—Sí—dijo el Presidente—. El mundo occidental terminará por comprender un día quiénes son los que verdaderamente le defienden.

Luego cada colega aludió con entusiasmo a un aspecto de la vida portuguesa observado aquellos días de manera tan directa y cordial. Las obras públicas, la revalorización artística de temas portugueses, folklóricos y artesanos y la profunda y pacífica existencia de Portugal. Y después el Presidente nos despidió uno a uno, con un largo apretón de manos. Y así, nada más, vimos una mañana a este gran político portugués, cuyo lema fundamental constituye todo un simplepero enorme programa de Gobierno: «El progreso del pueblo bajo una vida en paz».



La prensa de los dos países no ha sido olvidada en este viaje del Jefe del Estado español. El Generalísimo recibe en el Palacio de Queluz a los periodistas portugueses y extranjeros, con los que conversó largamente, y Salazar, en el Palacio de Sao Bento, charla con los enviados especiales de la Prensa española.

